

PREMIOS  
FEDERICO GARCÍA LORCA  
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
PARA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS 2015

# LOS BUENOS IMPERFECTOS

LAURA VERA MARTÍN

Modalidad de Narrativa



# LA PELVIS CANÍBAL

IANIRE SAGASTI RUIZ

Modalidad de Poesía



# LA VALLA

ANTONIO GARCÍA VÁZQUEZ

Modalidad de Texto dramático



- © LAURA VERA MARTÍN  
© IANIRE SAGASTI RUIZ  
© ANTONIO GARCÍA VÁZQUEZ  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-6004-0 • Depósito legal: Gr./1507-2016

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: José María Medina Alvea. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

LOS BUENOS  
IMPERFECTOS

LAURA VERA MARTÍN

N A R R A T I V A

## EL MADERO

Jadea y suda mientras camina. Le pesa el bulto que lleva colgado a la espalda. A estas alturas ya no se acostumbrará nunca a lo que pesa. Se balancea como una patera en medio de un tsunami. Sus padres podrían haber escogido cualquier otro instrumento para convertirla en una virtuosa. Podrían haber escogido, al menos, un instrumento que no se pareciera a ella. Diez años estudiando contrabajo y da igual, cada vez que tiene clase a esta hora le dan ganas de saltarle encima hasta escuchar cómo cruje y grita y llora y se calla para siempre.

Pesa como un demonio. Pero como un demonio enorme, goloso. La calle está infestada de gente que corre a casa mientras ella lucha para llegar al conservatorio. Infestada, sí, con su connotación desagradable y concreta. Porque si no fueran las tres de la tarde, toda esta masa contra la que tiene que enfrentarse no estaría aquí en medio, ocupando el espacio que necesita —que no es poco— para caminar con el contrabajo a la espalda. Llega tarde, como siempre. Tiene el sabor de las lentejas todavía en el paladar.

Nadie la mira a los ojos. “No existo”. Antes intentaba esquivar a los desaprensivos, pero son tantos que ha decidido ignorarlos, que se estrellen contra la funda del contrabajo. No entiende cómo alguien puede no verla: un contrabajo que deambula de forma autónoma a lo ancho de toda la calle, arrastrando sujeta a él a una mujer secuestrada, y por supuesto afectada de Síndrome de Estocolmo.

Pero la realidad es que la miran de reojo, la gente se gira para observarla con la seguridad de que ella no podrá responder. Cómo no mirarla, de hecho, si sus andares son puro espectáculo. El instrumento le roza los tobillos y sobresale por encima de ella varios palmos. Tiembla bajo el peso de la responsabilidad, maniatada firmemente al mástil para poder escuchar los cantos de sirena. Navegando sin remedio hacia su propia sentencia.

Se pregunta qué hora será. Asfixiada, con la boca entreabierto y seca. No se atreve siquiera a mirar el reloj. Puri no la dejará entrar tarde de nuevo: tiene que llegar antes de que cierren la puerta. Últimamente la conserje está de mejor humor, pero lo que no va a permitir es que se le suban a la chepa. Hace tiempo que no le pregunta por su hija, la que está trabajando en Alemania. Debería hacerlo, en parte por cortesía y en parte porque Alemania se perfila como una de las opciones para huir de la precariedad española. Mejor la precariedad europea, da más caché y legitima las quejas acerca de lo mal que está la vida.

Aún faltan dos cuestas. Dos calles interminables y atestadas de gente enloquecida, apresurada por llegar a cualquier otro sitio cuanto antes. Cuando vivía con sus padres odiaba tener que ir corriendo de casa a la escuela, de la escuela a casa, de aquí al conservatorio. Los horarios son para los débiles, para los que no consiguen levantarse un domingo a las seis de la mañana. Pero ella no es de las débiles, no debería tener horarios. Es tan extraordinaria que en casa no podían dejarle crecer tranquila y feliz, ser una niña que sale a jugar, que ve la televisión, que se aburre algún rato. Así es como se ha convertido en una genial contrabajista. En una artista de ese instrumento con gran futuro y proyección profesional, tan valorado por el público en general y sus amigos cercanos en particular. Es sarcástica por no echarse a llorar.

Los horarios son para los débiles. Y ella no debería haber salido corriendo con las lentejas a punto de volver a la tierra, porque polvo son y en polvo se convertirán.

Le hubiera gustado ser bailarina. O hacer taekwondo. Cualquier cosa antes de hacer música. Pero sus padres no lo habrían tolerado. El tiempo libre debe servir para completarse como persona, para cultivarse. Hacer taekwondo era para gente barriobajera. ¿Bailarina? Con esas piernas rechonchas y esa barriga irreparable parecía un chiste tan solo pensarlo. Quizá la pintura, si se le hubiera dado mínimamente bien, que no era el caso. Así que solo quedaba la música, que con o sin pasión puede aprenderse: técnica, horas de estudio, repetición. El piano desde luego habría sido mucho más elegante. Pero en la orquesta del pueblo hacía falta un contrabajo, y no tuvo elección. Los vientos estaban completos, y todas las cuerdas saturadas de estudiantes. El contrabajo era más necesario de lo que pensaba. Y además le dejarían uno del conservatorio para que empezara, y solo si se le daba bien tendría que comprarse uno. Era el instrumento más poderoso, más sublime. Nada podía competir contra un contrabajo.

Y así, con la falacia del poder que le conferiría la más grande de las cuerdas, ella aceptó.

Luego creció y a fuerza de rutina se enamoró de la música y de su instrumento. Como cualquier relación amorosa, esta también se basaba en una mezcla de pasión y odio, de felicidad y exasperación. Ahora vive por y para su instrumento. Si todo va bien, en unos meses acabará el grado superior y tendrá todas las opciones que dan la libertad y el abismo de no saber qué hacer. Se trasladó a esta ciudad asentada en las montañas hace cinco años para continuar con lo único que le gusta hacer. Estudiar música, beber cerveza, ser pobre como una rata. Lo adora,

de verdad, salir a pasear y ver las cumbres nevadas al fondo, poder alejarse paseando de la urbe y la prisa y los coches. Pero cuando tiene que trabajar y después tiene clase, y más tarde jornada prevista de estudio intenso, no entiende qué la empujó a torturarse de este modo. Trasladarse a una ciudad llena de montañas con sus respectivas cuestas, de gente ensimismada, una ciudad mal comunicada donde las casas de alquiler no tienen calefacción.

Es pequeña y gordita, lo ha sido siempre, y todo apunta a que siempre lo será. En realidad era pequeña y gordita cuando tenía dieciocho años. Pero a su edad ya es baja y gorda, sin más.

Así que aquí va, subiendo cuestas con el corazón y las lentes a punto de salirse de la boca para llegar tarde a clase del instrumento que la hará famosa y respetada. Se reiría si no fuera por el riesgo.

Tiene calor. En la calle la temperatura es de seis grados, pero apenas puede respirar. Es complicado respirar con un madero de quince kilos a la espalda. Más aún caminando cuesta arriba y con una multitud que todo lo ocupa.

Las calles de este barrio son preciosas. Preciosas e incómodas, como todo en un día como hoy. El empedrado lo invade todo, es el toque final a una ciudad irresistible. Pero un día como hoy incluso el empedrado es un obstáculo. Tropezaba en uno de sus brincos incontrolables y cae al suelo. Durante unos segundos patalea boca arriba como una tortuga. Alguien la agarra del brazo y la ayuda a levantarse. Se mantiene en pie dificultosamente y se encuentra cara a cara con su madre. O al menos eso le parece a ella en la conmoción del golpe. Es extraño encontrarla en este camino, pero no tiene tiempo de preguntarle de dónde viene. Tan solo de sonreírse mutuamente antes de que la multitud las separe sin piedad. Ella continúa su camino

hacia arriba con la cabeza retumbando aún, en silencio en medio del ruido infernal que la rodea.

El camino se ve interminable. Quizá sea la pesadez de estómago, o la siesta que no ha podido dormir. Puede que sea el estrés que le produce tener tan cerca la fecha de la pieza final. Está empapada, su espalda es una pequeña cascada que va dejando un riachuelo tras de sí. Simón y Vero la esperan en la esquina de su casa. Viven en uno de esos callejones sin luz, en una casa de muros gruesos y blancos que los protegen del frío y del calor.

Simón la ve enrojecida y sudorosa, la obliga a darle el contrabajo. Él es pianista, nada que transportar, y a cambio tiene todo el respeto del auditorio para ganarse.

Simón sujeta el contrabajo sin ser consciente del enorme peso que acaba de quitarle de encima. El viento frío entra por el cuello de la camisa, ella sonrío. Vero le ofrece un pañuelo de papel para que se seque la frente. Verónica no va al conservatorio, ella es fotógrafa. Los acompaña cada día hasta arriba y luego se pierde entre los turistas y los miradores.

Ellos la relajan, la hacen sentir bien, aunque sus piernas cortas y redondas redoblan y palpitan cansadas.

Apenas puede ya caminar. Lo intenta, no hay que pararse, ante todo hay que llegar arriba. La muchedumbre grita cada vez más fuerte, los oídos ensordecidos buscan refugio en cualquier resquicio de silencio. Sus pies descalzos no resisten el empedrado. Simón sigue caminando un poco más adelante, pero ella no puede más. Tropieza y cae entre abucheos y alabanzas. Un grupo de mujeres llora, pide ayuda. Que alguien se apiade de ella. Ella las mira con su rostro ensangrentado y sonrío. Tranquilas, tranquilas. Todo está bien.

Apenas retoma la caminata, y vuelve a caer. Este es el fin. Este va a ser su miserable fin.

Uno de los guardias se acerca. Uno de esos guardias crueles por definición. Se aproxima a ella y huele su nuca. Aprieta la boca y le agarra la camisa. Esto ya no lo necesitas. Ni esto, ni esto.

El guardia la levanta. No le quedan fuerzas. Sigue caminando, desnuda, dejando un reguero de sangre acuosa tras de sí.

El gentío no deja de gritar. Ahora le hacen un pasillo para que pase, para que todos puedan verla. De vez en cuando una ola de silencio escalofriante lo invade todo durante una milésima de segundo, y la confusión vuelve después con más fuerza.

El Gólgota la recibe con las fauces abiertas. Simón se ha escabullido, sin despedirse siquiera.

Reluciente, sublime, el madero se erige y la espera en la parte más alta. Los guardias preparan los clavos. Ella cierra los ojos e imagina que es una mujer normal, una mujer que quiere estudiar música y ser artista.

Cierra los ojos, los aprieta con las pocas fuerzas que le quedan, intenta evadirse de todo este absurdo que la rodea, se muerde los labios hasta hacerlos sangrar.

Respira hondo, cierra los ojos mientras sueña que no es la Elegida.